

# la elección

el camino dividido



renatopalazzo

© 2026 Renato Palazzo  
Todos los derechos reservados

## 1. El Puerto Nuevo

Buenos Aires, 1976.

Las gélidas dársenas del Puerto Nuevo ya hervían, repletas de obreros. Entumecidos, ceñudos, repetían en silencio las instrucciones recibidas. Ninguna violencia permitida, ningún movimiento antes de la señal convenida.

Un mar de cabezas gachas y manos en los bolsillos, cuerpos tensos bajo un cielo opaco, ausente. Sin colores. Olores penetrantes mezclados de carne y salobre, tan ásperos como el clima del país. Ni siquiera la fetidez de la brisa matinal, que soplabá desde las aguas del Río de la Plata, lograba disiparlos.

El boca en boca había funcionado: creerían en la enésima reivindicación salarial para calmar las fauces voraces de la inflación. O en la liturgia de los accidentes laborales en los astilleros, a los que ya nadie prestaba oído.

El crepitar de un walkie-talkie quebró el silencio. Un respiro colectivo se alzó desde las dársenas; el tren que venía de las pampas, cargado de trigo para saciar el apetito insaciable de la Unión Soviética, ya estaba a pocos kilómetros.

Las cabezas se alzaron todas juntas. Obedeciendo a un mandato inconsciente, los obreros marcharon con paso militar hacia la terminal ferroviaria de descarga, alineados uno tras otro sin mosquear. Desde detrás de los tres silos levantados en la explanada, brotó un hormiguero de otras centenas de cabezas.

*El Plano*, con su silueta corpulenta, cruzó la arbolada Comodoro a la altura del cruce con la Avenida Ramón San Castillo y encaró la entrada de los terminales. Llevaba apretado contra el cuerpo un walkie-talkie escondido entre las hojas de la revista sindical *Lucha Obrera*. Bajo los lentes oscuros que usaba incluso en los días más plomizos, negaba al mundo su mirada. Le gustaba moverse despacio.

«Hugo, aléjate de mí», murmuró al hombre que lo acompañaba.

Un joven observaba el tráfico de la Comodoro recostado contra un Ford Falcon verde. Lucía como quien desea ser visto: había estacionado en un lugar prohibido justo en la entrada de los

Terminales, con los brazos cruzados y las piernas trabadas, imponiendo su molesta presencia. Por si no bastara el auto para delatarlo. Sus mandíbulas marcadas asomaban del cuello de una camisa verde oscuro y chillona. Piel morena, pelo grasiento, peinado hacia atrás con una gruesa capa de gomina, bigotes largos, curvados en las comisuras y perfectamente recortados. Vestía un sobretodo de cuero negro que le caía desgarbado hasta las rodillas. Sus grandes gafas oscuras impedían leer la fijeza con la que seguía al hombre que cruzaba la Avenida Comodoro a paso lento.

«Hugo, andate. Aléjate de mí», repitió, abandonando su costumbre de hablar apenas entre dientes.

Detrás de su máscara de introversión, *El Plano* percibía las señales más sutiles, las más insidiosas del peligro. Era el jefe del sindicato de portuarios y sentía sobre sí toda la responsabilidad. No podía huir: pasó, imperturbable, frente al Falcon, cruzó el acceso al puerto y se dirigió hacia la explanada de descarga. Cuando sus hombres divisaron su figura, aceleraron el paso y se dividieron en grupos: cada uno tomaría un vagón contenedor del tren para impedir el trasbordo del trigo. Observaba las operaciones desde los topes del andén cuando sintió que alguien se le acercaba por la espalda.

«¿Compañero Rubén Díaz?» preguntó un hombre alto, de mediana edad, flaco, incómodo en su traje barato, celeste claro.

Un rostro adusto, agrandado por unos anteojos cuadrados de montura plateada, orejas desmesuradas en una cara alargada, marcada por una nariz aguileña que colgaba sobre un bigote encanecido. El extraño intentó tranquilizar a *El Plano* mostrándole el cigarrillo que quería encender.

«No sé quién es», respondió *El Plano* y le alcanzó el encendedor sin dignarse a mirarlo.

El desconocido se inclinó para encender el cigarro y cruzó un rápido gesto de aprobación con el criollo. La patota se activó: dos sombras surgieron de la multitud y le trabaron los brazos al sindicalista por la espalda. Le encajaron una capucha negra y en segundos lo arrojaron dentro del Falcon, que ya había avanzado hacia el puerto. Con un chirrido feroz de neumáticos, el auto se perdió a toda velocidad por la Ramón San Castillo rumbo al norte, bajo la mirada de Hugo, encogido detrás de una fila de autos

estacionados en la avenida, testigo de la emboscada contra su jefe. Se dejó caer sin fuerzas sobre el cordón, dándole la espalda al puerto. Hundió la cabeza entre los hombros, instintivamente empequeñecido. Tragó hondo, cerró los ojos y metió la mano temblorosa en la gastada bandolera de cuero. Había llegado su hora, la que nunca había querido que llegara.

La escena del secuestro de *El Plano* golpeó a los incrédulos portuarios como un tornado. Todo propósito de no violencia se disolvió en el estupor, y el odio asomó a flor de piel en cada uno. Los contenedores del tren fueron tomados por asalto: lo que debía ser una acción pacífica para frenar el traslado del trigo hacia los barcos, explotó en rabia incendiaria.

Una molotov prendió fuego al techo de un contenedor y los obreros, armados con fierros, reventaron sus paredes para quemar la carga. No era oro, pero era más valioso aún: *la savia de las pampas, arrancada al pueblo y liquidada por los terratenientes a quienes del socialismo sólo les interesaba la fachada. ¡No pasará!* había tronado *El Plano* en asamblea, convocando a la lucha por una sociedad más justa.

Las camionetas de la Policía Federal irrumpieron a sirenas abiertas entre piedras y molotovs. Los agentes, con cascos y escudos, retrocedieron hacia los silos para luego volver desatados lanzando gases lacrimógenos a la altura de la gente. Un anciano transeúnte fue alcanzado y cayó sin vida. Los militares abrieron paso entre la muchedumbre con palos, pistolas y fusiles, deteniendo y golpeando manifestantes al grito y la consigna de «¡mátenlos a todos!».

Pese al despliegue enorme de fuerzas y a horas de represión brutal, la Policía no lograba imponerse. Los choques se multiplicaban. Los obreros respondían a los palazos con fierros, a las armas con más molotovs, a los hidrantes con carretillas elevadoras alineadas como barricada; a los gases con pañuelos empapados en jugo de limón para resistir la irritación. Y comenzaron a avanzar.

Fue un choque frontal: los militares se cerraron en formación de tortuga para romper el bloque de los manifestantes.

En ese instante, una violenta explosión barrió el frente de la tortuga. Los enfrentamientos se congelaron en el acto y la multitud

se dispersó en segundos. Siete policías quedaron en el suelo.  
Despedazados.

## 2. Hacia casa

A primeras horas de la tarde, como contrapeso, el cielo se había despejado, iluminando el escenario lunar de un campo de batalla inesperado, donde aún humeaban la sangre y los escombros de una jornada de guerra. Del silencio espectral emergía solo el angustioso lamento de las ambulancias, acudiendo a socorrer a los numerosos heridos de ambos bandos.

Hugo, tras un itinerario tortuoso y varios cambios de colectivo, bajó en la esquina de la Avenida Belgrano con España, en la zona sur de la Capital. Con las manos en los bolsillos, se encogió dentro de su blazer tweed, con el cuello levantado.

Cuanto más se acercaba a casa, su figura cuadrada por sus anchos hombros parecía desaparecer bajo la rigidez de una boina plana, recuerdo de sus orígenes italianos. Cambió de dirección varias veces, miró hacia atrás una y otra vez, luego a los lados, antes de detenerse en un kiosco a comprar cigarrillos.

Se demoró fumando uno, con el cuello encogido entre los hombros, observando el tráfico de la Belgrano, frente a la Primera Comisaría de Avellaneda: temió que lo estuvieran vigilando desde adentro de la comisaría.

Volvió a la calle rumbo a su casa, alternando pasos largos y cortos, acompañado de una tos convulsa, cediendo al instinto de mirar atrás.

Caminó hasta el 333 de Monseñor M. de Andrea, abrió el portón de la casa, insólitamente cerrado, atravesó el pequeño patio de cemento y metió la llave en la cerradura de la puerta de la planta baja. Tenía más frío dentro del blazer que afuera.

Un solo giro de llave, empujó la puerta y entró sin encender luces. La cerró rápidamente, apoyando la espalda contra ella, inflando el cuerpo como un sello sobre su refugio.

Suspirando con la cabeza baja, dejó caer la boina y la bandolera ya vacía, y avanzó en la oscuridad hacia el centro del living, guiado por la débil luz de los faroles que se filtraba entre las rendijas de la persiana entornada. Se quitó las gafas, dejándolas en el suelo sin

cuidado, y se deslizó hasta el sofá, para hundir su cuerpo exhausto e intentar, sin fortuna, respirar tranquilo.

En la ansiedad de controlar su respiración agitada, encendió otro cigarrillo, logrando el efecto contrario. Encontró alivio al darse vuelta boca abajo, sofocando en sus pulmones la culpa del primer encuentro cercano con la sangre. Buscó refugio en el sueño para intentar olvidar. Y así fue como el sueño el que se apoderó de su cuerpo.

Hugo había crecido en Avellaneda, barrio industrial en declive al sur de Buenos Aires, tierra de trabajo y de inmigrantes como sus padres sicilianos. Los perdió en un accidente a los dieciocho años y permaneció en la casa familiar, sostenido por un tío y los vecinos. Provenía de una familia de fuertes tradiciones católicas, difíciles de erradicar de la vida emocional de un adulto. Sin embargo, ingresó al Centro Estudiantil del Liceo, de clara inspiración marxista, y llegó a ser su representante.

Eran años en que el compromiso político de los estudiantes era tan natural como el amor de los argentinos por el fútbol. Hugo participó en centenares de manifestaciones sindicales, aportando la energía de las organizaciones estudiantiles, pero sobre todo se dedicaba a los pobres de su barrio. A pesar del fervor de la época, rehuía la violencia.

Durante una huelga no autorizada, en los años de la dictadura de fines de los sesenta, estallaron enfrentamientos con la policía: obligado a refugiarse en un local mientras bajaba la persiana, observó a los agentes masacrar a los manifestantes en el suelo, pisoteándolos hasta el agotamiento. Aquellas imágenes lo marcaron profundamente.

Tras el liceo se inscribió en Filosofía y, para mantenerse, trabajó en la oficina de logística de los astilleros Rubios del Puerto Nuevo, el puerto más importante de Argentina. Ingresó al sindicato y, en dos años, llegó a ser delegado. Allí conoció a Rubén Díaz, apodado *El Plano*, quien lo eligió como su hombre de confianza.

Hugo despertó de su breve sueño con un sobresalto: el chirrido de la puerta del living lo puso en pie, con el instinto de escapar. Su

larga cabellera rizada le cayó sobre la cara, sumiéndolo en una oscuridad aún más intensa.

«Hugo, por Dios, estás aquí», exclamó Adriana, encendiendo la luz del living y apresurándose a abrazarlo.

«¿Ya estás en casa, Adri?» respondió Hugo, tragando de golpe el alivio del peligro esquivado.

«No me sentí bien anoche y le pedí a Estela que me cubriera en la sala de partos», le explicó ella, con un tono apagado.

«Nunca pedís ayuda, ¿por qué no me despertaste?» replicó, separándose del abrazo de su compañera.

«Ya estoy mejor. Estaba ansiosa por vos: los compañeros me contaron todo».

«Se llevaron a *El Plano*», continuó Hugo, acercándose a la ventana que daba al patio de entrada. Corrió con cuidado una de las cortinas de algodón bordado y fijó allí su mirada.

«¿Estabas con él?» le preguntó atónita Adriana, interrumpiendo su tarea de ordenar los libros de psicología esparcidos sobre la mesa de la cocina.

«Me pidió que me alejara de él un momento antes de que...»

«¿De qué?» dijo Adriana, sin apartar los ojos de Hugo.

«De que se lo llevaran».

«¿Y los demás, dónde estaban?» preguntó, recelosa.

«No tuve tiempo de avisarles, estaban... estaban pegados a los vagones para frenar la descarga», respondió Hugo, justificándose.

«No te creo. ¿Y vos te quedaste mirando?»

«Me habrían llevado también a mí, Adriana».

«¿Pero qué sentido tiene todo esto? ¿No tenían un plan de emergencia si algo salía mal? Son... son unos improvisados, unos incapaces», exclamó su compañera, golpeando los libros contra la mesa.

Hugo encendió otro cigarrillo y comenzó a trazar círculos concéntricos sobre la alfombra de lana con motivos sicilianos, en medio del living.

«Apágalo, por favor, me molesta», le rogó Adriana. «Inocentes y soberbios», pensó, evitando la mirada de Hugo.

Fue a tomar un cigarrillo del paquete de él sobre la mesa, pero desistió.

«Hicieron lo de siempre, a su manera. ¿Pero no entienden que estamos en guerra? Sin una... una... estructura militar, son carne de cañón».

Levantó la cabeza, buscó dulcificarse ante la expresión abatida de Hugo y se acercó para abrazarlo por la espalda: «Andá a darte una ducha, estás temblando. Sacate de encima este día maldito».

«¿Cu... cuántos murieron?» preguntó Hugo, ajeno a los brazos de Adriana que intentaban estrecharlo.

«Siete. Fueron infiltrados, Hugo».

### 3. Sangre y Revolución

A cuatro años del regreso de Perón del exilio español, las esperanzas de sanar las divisiones sociales entre la derecha conservadora y la izquierda juvenil y obrera se hicieron añicos. Los militares, temiendo revueltas, impusieron la exclusión de las izquierdas del gobierno peronista. Estas reaccionaron con huelgas, protestas y una peligrosa escalada hacia la lucha armada, hecha de atentados y asaltos a centros de poder, secuestros de figuras destacadas del mundo industrial y militar: un promedio de un asesinato cada ocho horas.

El Puerto Nuevo fue el ápice de un crescendo imparable de violencia: el espectro de la Cuba comunista se acercaba.

Hugo se abandonó a una ducha caliente en busca de respuesta a su acto atroz: esa bomba había sido lanzada por su mano temblorosa. La mente le devolvía la alucinación de un artefacto fuera de control de sus manos, presa de un espasmo incontenible. Había matado a siete hombres y ahora se sentía a punto de morir por dentro. Temblaba todavía, a pesar del chorro de agua caliente. Estalló en un llanto convulso, se arrodilló apoyando la cabeza contra la pared de la bañera, como pidiendo perdón a sí mismo y a quienes vivían a su alrededor: no tendría el valor de confesárselo a Adriana. Le diría que ese enrojecimiento de los ojos era culpa de los gases lacrimógenos, que esos escalofríos eran solo temblores de miedo: había visto la sangre por primera vez. Temía su reacción y no quería arrastrarla al abismo que acababa de abrirse bajo sus pies.

Regresó al living con el cabello recogido detrás de la nuca con un vistoso elástico. Se puso las gafas y, con el rabillo del ojo, buscó la mirada de Adriana, encontrándola de espaldas mientras preparaba la cena.

«No lo soporté», estalló Hugo, retirando la mirada del plato vacío frente a él. El silencio de Adriana le dijo poco. «A la violencia te llevan, al final la aprendes. La primera vez que golpeás a alguien, te sacudís vos mismo. El eco de ese impacto resuena dentro. No fuiste

vos quien decidí, te convertiste en soldado. Uno que obedece, que dispara, que mata».

Adriana volvió a mirarlo, atónita. La mirada fija de Hugo, dirigida hacia abajo, la incomodó.

«Sin este choque de clases serías un pacifista, Hugo, además de un hombre pacífico».

«Ya no somos diferentes de ellos. Estamos arruinando todo. Años de pasiones, de sueños y de luchas a la luz del sol, tirados al retrete».

«Hugo, estamos en guerra, ¿lo entendés?»

Hugo volvió a caminar en círculos sobre la alfombra del living, encendiendo otro cigarrillo.

«¿Creés que ya me olvidé de todos los compañeros que nos mataron?», le gritó.

«¡Ellos la empezaron, Hugo! Era inevitable que se llegara a esto. ¿O te diste cuenta recién hoy porque alguien hizo recaer la sangre de esos malditos militares sobre ustedes?»

«No fuimos infiltrados», murmuró Hugo.

«¿Y qué cambia? Esto es la rendición de cuentas, no se negocia con esta mierda, como vos y tu *Plano* del demonio se lo metieron en la cabeza. Hay que matarlos, no se dialoga con quien dice que *quien ayuda a los pobres es un subversivo*. No, no somos iguales. Y nunca lo seremos».

«Solo estamos jugando a su juego», respondió Hugo, bajando la cabeza.

«Tenés un maldito miedo. Me voy a dormir».

El silencio de la noche se rompió con tres timbres de teléfono. Silencio, y luego otro timbre aislado: era la señal. Hugo reaccionó con terror, sumergiéndose en el cuello alto de su suéter blanco de rayas verticales que ahora usaba como pijama. Acostó su cuerpo en el sofá, fingiendo dormir. Una voz del otro lado advirtió a Adriana que *El Plano* había sido liberado en la zona de Saavedra, periferia norte de la Capital; lo habían llevado a la Comisaría Cuarta de Policía Federal en Villa Martelli, golpeado y torturado por los hombres de

la Triple A, milicias irregulares del Gobierno, legitimadas para actuar fuera de la ley en la lucha contra la subversión armada: *por esta vez podés irte, pero no creas que estás a salvo. Cuando decidamos, te vamos a volver a buscar. Dícelo a tus compañeros, todos están bajo la mira.*

*El Plano* logró llegar a pie al hospital Pirovano en Avenida Monroe, pero le negaron la internación. No tuvo alternativa que regresar a los astilleros en colectivo, donde había un dispensario interno: algún amigo médico lo atendería.

Rubén Díaz había asumido el cargo de jefe de delegación de la Unión Sindical de los Portuarios en 1973. Hombre culto, medido y pacífico, orador y persuasivo brillante. De inspiración marxista-leninista, había dirigido el sindicato en los años de mayor conflictividad social en la historia argentina: la coyuntura económica era recesiva, la inflación fuera de control. Años duros, salarios miserables y los obreros... carne de cañón. Los desempleados eran millones; quien no se adaptaba, podía irse; afuera había abundante mano de obra barata.

Pero supo mantener siempre a su sindicato fuera de la arena del conflicto armado. Pero la bomba de Hugo había devorado el pacifismo de la USP de un solo bocado.

La mano derecha de Adriana llevó lentamente el auricular del teléfono al suelo. Se levantó de la cama descalza hacia el living, con los brazos colgando cansados a los costados. *Dícelos a tus compañeros, todos están bajo la mira...* era lo que, por instinto, habría querido decirle a Hugo. Pero terminó dándole la razón. Hugo fingió despertar, la miró abriendo los ojos sin preguntar. Ella se detuvo en el umbral del living, suavizó la rigidez de su cuerpo y de su mandíbula tensa, reclinando la cabeza sobre el marco de la puerta.

«Estoy embarazada».

#### 4. La Universidad

Las comunidades pobres de los barrios se habían convertido en tierra de nadie, el lugar donde plantar la semilla de la lucha de clases. Las izquierdas, con excepción del Partido Comunista Argentino, fueron las únicas organizaciones políticas capaces de hablar con claridad a la gente de esos lugares abandonados. Y el empeoramiento de las condiciones económicas hizo inevitable que la intolerancia social se trasladara a la militancia revolucionaria, como forma de escape de una jaula existencial sin salida.

Adriana había nacido allí, había crecido allí; fue allí donde conoció a Hugo, en los bancos del único liceo clásico de la localidad. Se sentía parte del fermento político de aquel lugar que, desde el esplendor de mediados del siglo XIX, había sido el primer asentamiento industrial argentino: vivo, enérgico, combativo, bullicioso y, en ocasiones, un crisol de razas de cierta cultura del país.

No fue casualidad que en Avellaneda se establecieran las primeras organizaciones sindicales de una tierra en pleno auge. Luego vino el inexorable desplome, a partir de la crisis económica de 1929, que arrastró al país entero a la miseria.

La vida en la ciudadela de Avellaneda transcurría con cierta felicidad, pese a las dificultades económicas. En aquel microcosmos humano se respiraba un aire familiar de ayuda y compromiso colectivo; se compartían las dificultades, se respondía a las carencias en los servicios sociales, se buscaban salidas: *¿por qué debemos vivir así?* Para hablar de ello, se encontraban en los patios de las casas, en las parroquias, en los bares de las esquinas. Y se hablaba, se contaba lo que sucedía en el mundo, en Vietnam o en el Chile socialista de Salvador Allende.

El vínculo de sangre que unía a Adriana con aquel pedazo de tierra, aferrado con dientes al cinturón sur de la Capital, se avivaba día a día conforme empeoraban las condiciones de vida. La pobreza generalizada borró, de un solo golpe, las glorias de un pasado laborioso, contra el que solo la cultura de la cohesión social podía poner freno.

Era esa sólida conexión colectiva la que impedía a Adriana irse y le impuso la elección, casi inconsciente, de quedarse y resistir, con

la esperanza de construir un futuro mejor para todos. Ese fuerte instinto solidario la llevó a interesarse por las ciencias sociales y la psicología: quería estar cerca de su gente, ayudar, comprender qué les faltaba para rebelarse contra una condición de subordinación y resignación.

El curso de Psicología dependía directamente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En Argentina, el psicoanálisis estaba muy extendido, testimonio del fervor intelectual y del fuerte deseo de vida de la población: la terapia no era solo un instrumento curativo, sino un medio para poder vivir mejor. Y eso asustaba a las castas del poder. La cuna del pensamiento crítico nunca ha sido bien vista en estas latitudes. Como en cualquier parte.

Ese día, libre de turnos hospitalarios, Adriana llegó tarde a la clase introductoria del curso universitario. Con su cuerpo delgado, envuelto en un largo vestido blanco de lino, trató de pasar desapercibida mientras trepaba los estrados de madera crujientes, hasta su asiento. Un silencio la acompañó en sus movimientos felinos, y pronto se convenció de que toda aquella atención estaba dirigida a ella.

«Disculpe», atinó a decir una vez sentada.

«Decía, antes de la llegada de la señorita...» comenzó el profesor, de pie y cerca de la primera fila del hemiciclo, intentando retomar el hilo de la clase.

«Me llamo Adriana Goldstein», lo interrumpió, sin demasiada vergüenza.

«Decía que, según Freud, la libertad de elección es una ilusión porque las decisiones importantes de una persona están influenciadas por su inconsciente. Este inconsciente es un coagulo de deseos, miedos, memorias e impulsos reprimidos de la infancia. Es como un actor que actúa entre bambalinas y condiciona lo que ocurre en escena, en el escenario de nuestras vidas», prosiguió el docente.

Intuyendo cierto escepticismo en los rostros de los estudiantes, trató de simplificar: «Imaginemos un joven criado en una familia que le privó de toda autonomía. Freud creía que ese joven, al crecer,

podría volverse un adulto incapaz de tomar decisiones por sí mismo y en su exclusivo interés».

Algunos comenzaron a asentir, tal vez solo por cortesía. Prosiguió: «Sucede porque, de niños, otros siempre han decidido por ellos, a veces por la fuerza. Muchos de mis pacientes cuentan que crecieron en contextos donde los padres no dejaban espacio ni para decisiones triviales, como qué ponerse un domingo para ir a misa. Y nuestro joven actor se volverá una especie de mimo que actúa y habla por cuenta de un actor fuera de escena. ¿Mejor ahora, chicos?»

Respuestas todavía tibias.

El profesor bebió un sorbo de agua, guardó la mano derecha en el bolsillo y se acercó nuevamente a la primera fila: «La mente humana no borra las frustraciones de la infancia: *no podés elegir, te lo dijeron*. Y, de grande, no elegirás».

«Si alguien me dice que no debo elegir, hago justo lo contrario», susurró Adriana.

«Adriana», la interrumpió el profesor sonriéndole, «hablo de un niño tan pequeño que no puede rebelarse contra sus padres: toma el trauma, lo traga y lo guarda en ese tipo de desván que llamamos inconsciente».

«¿Y por qué el cerebro humano hace algo tan suicida?» preguntó Adriana.

«Porque se protege: imagínesse un niño, un adolescente, obligado a vivir cada día, sabiendo que sufre graves abusos de sus padres. No podría vivir más».

«¿Todo esto qué tiene que ver con la elección?» replicó Adriana.

«Tiene que ver, porque los recuerdos reprimidos, los traumas, los deseos ocultos en el inconsciente pueden resurgir más adelante como miedos irracionales, conductas extrañas o elecciones que no queríamos hacer».

El aula permaneció en silencio, aún escéptica. Pero la mirada aguda de Adriana se volvió más curiosa, en esos ojos largos, oscuros y penetrantes.

«Entonces, otro ejemplo: imaginemos... un padre militar. Sí, un padre militar. De esos severos, rígidos, poco afectivos, ocupado en el trabajo, poco presente en casa. Un hombre sin dudas, no necesariamente violento. Que siempre decide todo en casa, por él y por los hijos: escuela, amistades, hobbies, hasta los libros. Y ahora, su hijo frente a la elección entre ser militar como el padre o seguir su pasión por la música».

Se detuvo, observó el aula, esperó que alguna mano se levantara, pero solo vio bocas abiertas, como pollitos esperando el bocado.

«¡Vamos, chicos! ¿Qué escogerá este chico? ¿Qué pasa en su cabeza?» prosiguió.

«¡Que se vaya a la mierda!» exclamó Adriana.

El aula estalló en una risa incontenible, de la que el profesor no pudo permanecer al margen.

«Tiene prisa por curarlo, señorita», le respondió el profesor, esforzándose por no sonreír.

Se levantó tímidamente la mano de un joven sentado más a la izquierda; el profesor le hizo un gesto con la mirada para hablar, inclinando su cuerpo en actitud de escucha.

«Me llamo Omar Suárez. Yo creo que... en el fondo, si el joven no puede cuidarse solo, le conviene seguir el camino del padre. Tiene un futuro asegurado. Aunque...» y bajó la mirada.

«¿Aunque?» lo invitó el profesor a continuar.

«Aunque», retomó el joven, «podría arrepentirse algún día».

«Podría arrepentirse algún día, dice Omar. Les ayudo: la memoria infantil de este joven está en la oscuridad del inconsciente, inaccesible. Ahora lucha entre un deber hacia el padre, que no sabe de dónde viene, y el deseo de ser músico».

«Me rindo», suspiró Adriana, golpeando el cuaderno sobre el banco.

«Sería útil un diálogo abierto entre padre e hijo, sin juicios ni imposiciones», intervino Omar.

«Sí, bueno... diálogo con un militar... Omar, ¿dónde vivís?» replicó Adriana.

«Sin diálogo, el conflicto degenerará», intervino el profesor, ajeno al comentario de Adriana.

«¿Qué conflicto? No veo conflicto, no veo violencia», replicó Omar.

«Hay un padre que, de manera más o menos explícita, proyecta sus deseos sobre el hijo, ¿no te parece suficiente?» respondió el profesor, con un tono ligeramente presuntuoso.

«¿Y cómo podría declinar?» preguntó Omar, asustado.

«El joven podrá ceder al padre, sacrificando sus propios deseos y acumulando frustración que podría, algún día, afectarle psicológicamente. O podrá rebelarse de manera extrema, destructiva o autodestructiva, si su frustración alcanza niveles críticos».

«¡Que lo mate a uno así!» susurró Adriana a su compañera de banco, quien le dio un codazo.

«¿Y renunciará a la música entonces?» preguntó Omar, con tono entristecido.

«Ganará la voz del inconsciente. Una voz que ha registrado todos los mandatos impuestos al joven: *escuchá a papá, él no se equivoca, no te fallará nunca. Mirá que yo... pero lo digo por vos. Te quiero. ¿La música? Escuchame, vas a conseguir un trabajo seguro, formarás una familia, tendrás dos hijos y dinero para un buen auto. Cuando tengas tiempo, tocarás con amigos en el bar*», respondió el profesor con tono burlón, recordando frases repetidas por sus pacientes jóvenes.

«Es una causa perdida...» intervino Adriana, sacudiendo la cabeza.

«No existen causas perdidas en psicología, jamás, señorita».

«Está bien, solo Adriana, sin señorita: no me hagas como el padre de esta causa perdida», replicó dura.

El aula se congeló; el profesor rió con gusto.

«Ahora espero que Adriana quiera saber cómo curar una causa perdida como esta, ¿me equivocó?» dijo el profesor, sonriendo sinceramente.

«No, tengo otra curiosidad. Usted dijo que nadie tiene libertad de elección y...»

«La detengo enseguida. Eso lo dijo Freud».

«No cambia, se le parece mucho con esa barba. Si el origen de todos nuestros actos es inconsciente, entonces la responsabilidad no existe. Es decir, hago lo que quiero, total es culpa del inconsciente», concluyó Adriana, provocando nuevas risas entre los compañeros.

«No hay que reírse, chicos, Adriana hizo una excelente reflexión. Freud abrió el camino, pero no vio todo de la mente humana. Hubo un tipo, Hartmann, que dijo que el inconsciente no domina todo. Existe una zona libre, autónoma, consciente», respondió el profesor, echando un vistazo a su reloj.

«¿Entonces, Freud dijo una cagada?» replicó Adriana.

«Ahora me voy a vengar de usted, Adriana: para la respuesta completa... tendrá que esperar la próxima clase, gracias», respondió divertido, mientras el aula se levantaba en un coro de *nooooooooooooo*.

«Gracias por participar y ser curiosos. Hoy era solo una clase introductoria; quería que reflexionaran sobre la elección y provocar un poco: ¿están aquí por su propia voluntad o por la de otros?» ironizó el profesor, cerrando la clase.

El aula se transformó casi en un estadio, entre aplausos y risas. Mientras los inconscientes de esos estudiantes ya estaban en acción.

«¡Ana, Ana! ¿Cómo se llama este barbudo?» preguntó Adriana, corriendo tras su compañera hacia la cafetería.

«Llegué tarde también, no sé. Pero vos, ¿cuándo vas a aprender a contenerte? Sos una loca», respondió Ana.

«No me digas boludeces tipo Hugo, quiero saber quién es», replicó Adriana, eufórica.

«Sos una loca total. Apurate, nos esperan en la cafetería», respondió Ana, sacudiendo la cabeza.